

EL CATOLICISMO Y LA CUESTION AUSTRIACA

(Traducido por José Pareja y Paz Soldán).

El rol del elemento católico no es menos importante y significativo en los asuntos de Austria. Cuando finalmente, se encontró un gobierno austriaco dispuesto a adoptar resueltamente una posición contra la unión a Alemania, ha sido el catolicismo principalmente que este gobierno escogió como plataforma de su residencia al Anschluss y de su defensa contra el contagio nazi. Esta elección era natural, indicada y lógica y no tiene nada de sorprendente. Austria es un país germánico en la que el factor étnico no puede influir contra la unión política a Alemania. Los compromisos internacionales puestos de lado, las únicas palancas que disponía un gobierno austriaco para actuar sobre la opinión pública de su país en el sentido de la independencia política consistían en una larga tradición de Estado, en la consciencia de una civilización propia y en el sentimiento católico. Sólo con estos tres elementos podía estructurarse un patriotismo austriaco, injertado en una nacionalidad que no se siente distinta de la de los alemanes en general. Aún estos tres factores no estaban en realidad, aislados el uno del otro, como en el resultado de un análisis. Se confundían hasta un cierto grado. La larga tradición del Estado austriaco era de un Estado católico; la consciencia de una civilización propia de los austriacos era la de una civilización fuertemente impregnada de catolicismo. No es extraño que el Canciller Dollfuss cuando quiso desentrañar el carácter esencial de la individualidad propia de su pueblo, la buscara en el catolicismo. Haciéndolo, buscaba la única profundidad que podía encontrar; y el hecho es, que en medida apreciable, la encontró.

Es infantil reprochar a Dollfuss y a su sucesor, Schussnigg, haber realizado clericalismo o haber entregado Austria al clero y a la Iglesia. La verdad es diferente. Para no entregar Austria a una Alemania, cuya evolución moral, social y

política repugnaba a todas las fibras del temperamento austriaco, se ha despertado un patriotismo austriaco que dormitaba; le han dado consciencia de un sentimiento nacional, que se desconocía, que casi se ignoraba. Para crear o reanimar este ideal patriótico y nacional que es a la vez el resorte, la armadura de todo país independiente, han recurrido a los sentimientos que podían secundar su esfuerzo, y el más poderoso, eficaz y profundo era el sentimiento católico. Por eso el factor católico ha llegado a tener un rol decisivo en la obra de resistencia contra las tentativas de abordaje del Reich y de reconstitución interna y resurrección nacional.

Papel nuevo que ha devenido preponderante y decisivo. Pero el catolicismo no ha entrado en escena de golpe, en el drama austriaco de la post-guerra. Había jugado antes de Dollfuss un rol menos considerable pero importante; se había ya manifestado como una fuerza que retenía al Austria a incorporarse a Alemania. Si se preguntara lo que hubo siempre de específicamente austriaco en la política interior de este país, se debería responder que fué el partido cristiano-social; en consecuencia, un partido que ostenta el catolicismo en su etiqueta. Los más poderosos de los otros partidos, los social demócratas y los grandes alemanes, fueron durante mucho tiempo manifiestamente favorables al Anschluss. Para los grandes alemanes, esto va por sí mismo y su propio nombre era un programa, del que no se desviaron hasta fecha reciente. En cuanto a los social-demócratas sus jefes no escondían ser partidarios de una fusión de Austria con Alemania. Sólo los cristianos-demócratas se abstuvieron de reclamar esa unión; sólo su oposición, cuando los social-demócratas llegaron al poder, o su participación en el gobierno, cuando lo compartieron con los grandes alemanes, pusieron freno y sordina a una campaña pangermanista que no dependía de ellos impedir la.

Su jefe era un sacerdote, Mons. Seipel, el hombre de estado austriaco más destacado después de la guerra, hasta el advenimiento de Dollfuss. La política exterior de este canciller, hombre de Iglesia, pudo, en su época, parecer equívoca, ondulante, oblicua a los países extranjeros que les alarmaba la even-

tualidad del Anschluss. En realidad, él sesgaba la unión austro-alemana falto de poder para hacer más, en el momento en que actuaba. Por lo menos se apoyaba sobre la Sociedad de Naciones, es decir, sobre el organismo internacional al que los tratados internacionales habían confiado la guarda de los convenios entre los estados y era la llave misma del problema del Anschluss. Colocando a Austria independiente bajo la égica de Ginebra, Spiel hizo lo que podía hacer de más eficaz para salvaguardar su independencia. Es pues a un Canciller y a un partido esencialmente católicos que es preciso, en definitiva, honrar porque en tiempos difíciles de la política austriaca, mantuvieron el *statu quo* y defendieron el porvenir. Tan sólo cuando Seipel, alejado del poder, retirado de la escena política y su partido no podían controlar tan cerca la acción exterior del Gabinete vienés fué que este último se desvió bruscamente, con Schober, hacia la unión. Basta recordar la tentativa de unión aduanera austro-alemana de 1931.

El catolicismo tuvo, antes del Ministerio Dollfuss, una acción amortiguadora, sobre el movimiento unionista; Dollfuss lo hizo cooperar activamente en un esfuerzo dirigido contra la fusión. La estrella de la Sociedad de Naciones palidecía; sin voltearles las espaldas, se dirigió hacia el Vaticano. Visitó Roma tres ocasiones, invocó el sostén moral de la Santa Sede y obtuvo, negocio y concluyó un concordato que da a la Iglesia Católica, en Austria, una situación envidiable y apreciada. El se ha apoyado sobre esa gran fuerza moral universal que es el catolicismo. Aprovechando la ocasión de un Congreso católico convocado en Viena—congreso que debió ser primeramente alemán y que la torpe política del Reich le quitó este carácter—Dollfuss había solicitado el envío de un legado pontificio. A este legado, el Cardenal Lafontaine, patriarca de Venecia, le preparó tal recibimiento, que ni un soberano la habría tenido tan solemne. Así afirmaba el carácter cristiano, católico de su gobierno y de su país. Ha revivido en su pueblo, el recuerdo y el orgullo de la gloria adquirida en las luchas por la cristianidad, en las guerras contra el Turco. Ha acentuado todo lo que ha podido el contraste de su actitud hacia la Iglesia con la que

observaba frente al gobierno del Reich. De esta manera, su propia resistencia a las ambiciones alemanas y al contagio nacional-socialista han favorecido el anatema que el episcopado austriaco ha lanzado, en una Carta Pastoral de singular energía, contra la ideología hitleriana y las violencias morales y materiales de los nazis.

Dollfuss, en seguida, rodeó de todo el esplendor y solemnidad posibles la ratificación y promulgación del Concordato con la Santa Sede. Lo hizo coincidir con el ejercicio de una nueva constitución, como para ligar, en cierta medida, los dos actos, la ley constitucional y el concordato. En esta ocasión proclamó altamente los vínculos estrechos entre el Estado austriaco y el Papado. Declaró haber querido dar a Austria, transformada por él en su estructura política y social, las características de un Estado cristiano. Ha utilizado en una parte de su obra legislativa, una Encíclica del Papa reinante.

Todo ésto parece casi increíble en nuestro siglo y es sin embargo, lo que contemplamos; es también, según todas las probabilidades, lo que se aconsejaba imperiosamente si se quería salvaguardar la independencia de Austria, de la audacia de las empresas alemanas para absorber o escamotear a este país y las dificultades que el Reich colocó sobre la Iglesia Católica. A los asaltos alemanes era necesario oponer un ideal, una mística; y ésta no podía ser otra que la fe y la civilización que habían dado a Austria su carácter distintivo. Los litigios de Alemania con el catolicismo constituían una razón más para escoger la religión como centro. Aquellos facilitaron la obra de Dollfuss; Austria está en primera fila, entre los países en que la política religiosa del Reich ha contrariado los designios pangermanistas.

Ahora, se preguntará, en qué concluirá el esfuerzo para erigir contra la ambición alemana, un patriotismo austriaco vitalizado por la fe y civilización católicas? ¿Aquello que se podría llamar "la constitución católica" bastará para ganar la partida? Es claro y cierto que sin esa constitución no habría habido ni parte ni todo; o más bien; habría sido una lucha diplomática entre Alemania y las potencias opuestas al Anchluss

Austria había permanecido sin reacción contra la agresividad alemana y el contagio nazi. El reactivo austriaco contra la sumisión hitleriana ha sido casi exclusivamente, el catolicismo.

La eficacia de este reactivo se pudo juzgar cuando la tragedia de que fué teatro Viena, el 5 de julio de 1934. Dollfuss asesinado, la mayor parte de los ministros secuestrados, el Ballplatz ocupado, el radio confiscado, pero el golpe de fuerza de los nazis fracasó sin embargo. ¿Por qué? Porque Viena no hizo causa común con los autores del atentado, y a excepción de Styria, las provincias no se sublevaron. Que mejor constatación del resultado práctico podía obtener la política del Canciller-mártir?

Los alemanes han tenido tardíamente esa intuición. Cuando les falló su golpe, para zafarse diestramente del juego que se les había tornado contrario, buscaron a un especialista en asuntos católicos, M. von Papen, para suceder a su representante en Viena, comprometido en la malahada aventura del 25 de julio. Pero después del asesinato de Dollfuss, no bastaba a un ministro alemán ser un católico auténtico para inspirar confianza a los austriacos.

A su vez, la muerte de Dollfuss ha tenido por efecto, estrechar el pacto que se había creado entre la causa de la independencia austriaca y la del catolicismo. Los austriacos, indignados en su mayoría por el atentado en el que habían sucumbido su Canciller, compartieron su dolor con el Papa y la Santa Sede. Los telegramas de Pío XI al presidente Miklas y del Cardenal Pacelli a M. Schussningg lo testimoniaron. Por otro lado, el Osservatore Romano, periódico del Vaticano, ha afrentado el crimen en términos ante las cuales aún palidecen las protestas contra las ejecuciones berlinesas del 30 de junio. El Canciller Schussningg encontró para proseguir el ejemplo de su predecesor, el mismo apoyo del catolicismo. La prueba no debilitó esta colaboración. La solidaridad, casi se podría decir la identidad, que las circunstancias crearon entre los términos independencia austriaca y catolicismo, persiste en provecho de ambos: en beneficio de la primera, sobre todo.

Se argumenta a menudo esta solidaridad para acusar al

catolicismo austriaco de querer acaparar para sí a Austria independiente. Nada más inexacto. El frente patriótico, creación de Dollfuss, no es un cuadro cerrado; sólo quiere por lo contrario, acoger nuevos reclutas. Si los católicos han suministrado el nudo y su **pars magna**, no han pretendido estar solos, y todas las ayudas sinceras son bienvenidas a sus ojos para defender la independencia de su país. En resumen, han prestado a la paz europea, un servicio inestimable, asumiendo en forma tan amplia la defensa de la independencia nacional.

(Continuará).